



Año XI

Ponce, Puerto Rico, Septiembre 10, 1922

Núm. 5

EL ALDABON DE LA PUERTA

Rev. 3:10

Cuando Holman Hunt terminó su famoso cuadro del Rey coronado de espinas parado a la puerta, llamando, lo mostró a su más íntimo amigo, antes de exhibirlo públicamente.

Su amigo lo miró atentamente: la figura real de Cristo, los detalles de la puerta, los sarmientos extendidos sobre el marco, etc. Súbitamente le dice:

—Hunt, usted ha cometido un error muy grande.

—¿Qué error he cometido?—preguntó el artista, alarmado.

—Pero ¿no ve que no le ha puesto aldaba a la puerta y que no se puede abrir?

—Eso no es un error, contestó Hunt. La puerta no se puede abrir desde afuera. Hay que abrirla de adentro.

Así es la verdad. Cristo no fuerza su entrada a ningún corazón. Llama y eso es todo. Si quieres que penetre a tu alma, a tí te toca abrirle.—G. C. M.

BOHEMIO.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

Hoy día está de moda llamarse así.

Cuando antes ese calificativo se aplicaba a una persona, decíase en tono de conmiseración o desprecio, recibíendose con no poco desagrado. En la actualidad la cosa es bien distinta. Tenerse por bohemio, es ser algo así como hombre desprendido, literato de extraordinaria facilidad, poeta soñador y filósofo de altos vuelos. El epíteto recíbese como la manifestación del menosprecio del dinero, o para denotar la exaltación de la idea sobre la materia, la preeminencia del espíritu sobre la carne. Así, pues, ser calificado como tal, es honroso, apetecible y placentero.

Pero mi objeto no es definir ese tipo popularmente llamado Bohemio, sino presentarlo tal como es en nuestros días, y no como debiera ser en el gran conglomerado social.

¿Véis aquel joven, con ínfulas de escritor fecundo, tomando unas cuantas copitas de licor, con el sano propósito de exitar la imaginación, como hacían Edgar Poe y Hoffman? Se llama Bohemio, y representa la embriaguez que de un modo siniestro invade la república de las letras.

¿Véis aquel otro que, mirando las estrellas, se extasia en la contemplación del gran firmamento tachonado de astros brilladores, pero que no se ha dado cuenta de que la corbata se le está saliendo por encima del cuello de la camisa, ni del pie de un pobre mendigo, quien en vez de recibir la limosnita que pide, recibe un tremendo pisotón que no espera? Es un amante de las musas, y en este caso, Bohemio es la encarnación del descuido.

Fijaos en el que trae un sombrero que muy bien puede figurar en un museo de antigüedades; sus zapatos están cubiertos de lodo; sus pantalones están faltos de algunos botones, y el chaquetón repleto de agujeros; la cara hace tiempo riñó con el agua, y la camisa meses que no saluda a la lavandera. Aquí Bohemio es el colmo del abandono.

¿No os acordáis del infeliz botarate que, solo y en la mayor miseria, murió en un asilo de pobres? El heredó una envidiable fortuna, mas sus aflicciones bohemias le enemistaron con don Ahorro y doña Economía. Poco tiempo después del serio disgusto que tuvo con este respetable matrimonio, cuya amistad—dicho sea de paso—jamás debió perder, se halló sin un centavo en el bolsillo, ni un amigo en el mundo, aunque sí con una familia regular; una esposa prematuramente vieja y unos cuantos hijos delgados y descoloridos.

¡Pobre Bohemio! Derrochó todo su caudal de dinero en animados bailes, en espléndidas cenas y orgías frecuentes, dejando al morir, por herencia, una mujer desamparada y unos niños hambrientos, es decir, una familia en la más completa ruina y en la más negra esperanza; ¡señores, tengo muchísima pena en presentarles a Bohemio, el padre del despilfarro y el víctima de la imprevisión!

Es preciso, para concluir acertadamente, que presente el miembro más popular y temible de la bohemia social moderna. Poco importa que muera, que nunca le olvidaremos. Y no porque bien lo querramos, sino por otras razones más poderosas. Hele aquí:

Es un tipo que, como Jano, presenta dos caras. De ahí que sea objeto de encontradas opiniones; por una parte, es idolatrado por los que ven en él el arco iris de la paz; por otra, síguele el iracundo anatema de los que en él contemplan las negruras de la noche de los grandes vicios sociales. Si aseguro que es tan desinteresado y complaciente, que si sólo tiene una peseta, y alguien le pide, él se la da, estoy en lo cierto; si afirmo que presta lo que tiene, no miento; si declaro que llega hasta la muy heroica abnegación de no cobrar, aunque se vea en las más violentas situaciones de la vida, hago justicia.

Me objetaréis, queridos lectores, que me equivoco al calificar de temible a un ser tan generoso y caritativo, el que, según parece, es un elemento deseable, conveniente y necesario en una sociedad egoísta y dura de corazón. Tócame, por tanto, probar que no estoy en un error, como pensáis. Hemos visto ya el amberso de la medalla; veamos ahora el reverso: este Bohemio—que no distingue entre lo mío y lo tuyo—cuando alquila un peón, un caballo, un coche, o una casa, arma una **pelotera** (como diría don Elpidio), y el empresario de coches o el dueño del caballo; el peón y el propietario de la casa, quedándose sin cobrar un centavo; cuando necesita un buen traje y unos zapatos finos, coge los zapatos y el traje del amigo de confianza, los que este no usará más, porque nunca serán devueltos; ¿qué tiene que asistir a un gran baile, dar un paseo, obsequiar a sus camaradas, etc., hallándose sin un peso de que echar mano? Bohemio no se apura; os coge dinero prestado, para quedar bien con sus compinches y para divertirse, a expensas de la amistad, en los saraos y banquetes, siendo tan fácil que el mamey dé chinas y el olmo peras, como el dinero a él prestado vuelva a nuestros bolsillos.

Este Bohemio sintetiza, muchas veces, los otros

cuatro; puesto que es bebedor y despreocupado, abandonado y bastador. Y para ser peor que todos juntos, es, por añadidura, **caja y embroyón.**

—De “El Evangelista.”

RESURREXIT.

Por Andrés Morales.

A mi hermana en el Señor, Casilda Alvarez, en la muerte inesperada de su querido padre, don Manuel Alvarez.

“El sol no muere, no; si acaba el día
Es por una ficción del firmamento;
Una vuelta del mundo es su agonía,
Una vuelta después su nacimiento.
El alma grande que en las luchas muere,
Para surgir con ímpetu iracundo
Para resucitar, calle y espere,
Inmóvil como el sol que rueda el mundo.”

—Santos Chocano.

¿Qué es la muerte? Simplemente una transformación de la vida. ¡Misteriosa transformación por la cual el cuerpo corruptible y mortal, vístese de incorrupción e inmortalidad!

Y la vida.... ¿qué es?.... Gota del cielo que baja al suelo a formar el cieno de la tierra, pero que en el día del Señor se filtrará en el sepulcro y volverá pura a la eternidad.....

La vida ¡ay! es solo un nudo de esclavitud.... Morir es solo desatar ese nudo. ¡Preciso es morir!.... ¿morir?.... ¡no!.... ¡soñar acaso!.... sí, dormir en paz.... eso es la muerte, hasta que las auroras boreales del hermoso día de la eternidad, acaricien de nuevo nuestros rostros. ¡Oh, cuán felices momentos! Entonces nos estremeceremos repletos de incomparable dicha. En ese día felicísimo para unos y terrible para otros, los justos lucirán en sus pálidas frentes una aureola de envidiables prestigios.... los malos llevarán el sello de su propia concupiscencia. Sí....sí, porque todos resucitaremos.... buenos y malos. Unos para vergüenza perpetua.... otros para vida eterna. Sobre este particular dice un autor:

“¡Feliz el alma que al romper su oscura cárcel, de eterno lauro coronada vuelve al seno de Dios intacta y pura!”

Alma feliz y dichosa es aquella que nunca se ha degradado en el fango del mundo, ni se ha impregnado con el hediondo lodo del pecado, y que al levantarse gloriosa de la oscura cárcel de la tumba fría, pueda volver al Supremo intacta y pura tal cual vino de Dios!

¡Resurrección!.... ¡Celeste esperanza! ¡Oh fragante día! ¡Oh sublime día! Día glorioso en que el alma pálida se asomará a la ventana del sepulcro terrible en que yacía inmóvil.... y volverá a la tierra sonrosada que acarició sus ojos.... pero será una nueva vida y la tierra una tierra nueva.

¿Y cuál es la victoria del sepulcro? ¡La resurrección! En ese momento glorioso y feliz seremos levantados del sepulcro, y con cuerpos glorificados como la hermosa hipsípila que deja la crisálida, volveremos a Dios.... de quien vinimos. La crisálida es la tumba.... la hipsípila el cuerpo glorificado.

Sí, sí, la verdadera vida empieza con la muerte. Y la muerte es el triunfo de la vida. Rubén Darío así lo narra:

“La vida es de la muerte la inseparable hermana, La muerte es la victoria de la progenie humana.”

¡Esperanza muerta sería nuestra fe si los muertos no resucitaran! Si así no fuera que los muertos resucitaran en el día del Señor, ¡ay! los más desgraciados seríamos de todos los seres.....

En las anchas copas de los sepulcros repletos de cenizas, cual lechos abrigados, las almas de los seres en dulce paz dormitan.... los muertos solo duermen en sus tumbas el sueño de la paz.... pero para despertar al son de las trompetas el día del Señor.... están muertos para el mundo, dormidos para Dios.

¡Tiempo es de dormir!.... ¡Dormid, dormid...! ¡Dormid en paz seres queridos!.... hasta que llegue el día de vuestra resurrección.... ¡Mientras tanto esperad con paciencia, inmóviles, como el sol que rueda el mundo.....!

Guayanilla.

NUESTROS POETAS.

José Sánchez Sotomayor.

Por Alberto Pagán Graham.

José Sánchez Sotomayor es quién, de entre el número de nuestros poetas, puede decir, de no haberlo dicho antes un bardo sud-americano, “Complemento de mi ser” a la silla con ruedas que le lleva de una a otra parte. Sánchez ha perdido el uso de sus piernas. Parálisis, esa terrible enfermedad, ha dejado sentir el peso de su fatídica mano sobre el cuerpo indefenso del poeta. Pero gracias a la bondad Infinita, su mente sigue despierta y siente todas las impresiones que pueden agitarse en el cerebro de un hombre, de un artista.